

Conocer a Pepe Alcina

Knowing to Pepe Alcina

Marcio VELOZ MAGGIOLO

mveloz@yahoo.com

José Alcina Franch y yo nos conocimos en Madrid en el año de 1968. Sería por dos años mi profesor de Arqueología Americana en una hornada que incluía a arqueólogos españoles como Mariano Cuesta, Emma Sánchez, y al dominicano Plinio Pina. Algunos veníamos de las islas como Sony, «el puertorriqueño inenarrable», cometa arqueológico que aparecía poco antes de las navidades. A las islas fueron luego a tener compañeros españoles, como el amigo Luis Manuel Ledesma, quien llegaría como docente a la Universidad Católica de Ponce, en la isla de Puerto Rico, o como Fermín del Pino, quien pisó un día nuestras playas y con quien reconquistamos un poco nuestro mutuo pasado madrileño.

Con Pepe Alcina entrábamos en un mundo novedoso, lleno de descubrimientos, y tanto los isleños como los españoles, aprendimos a intercambiar experiencias, a manipular gestos, a domesticar palabras, porque en aquellos momentos los cascos negros del General Franco hacían las veces de «guardianes» de la cultura.

Yo venía de un país en el que hacía cinco años el dictador Trujillo había sido asesinado por su misma gente. Muerto en 1961, ya en 1966 teníamos otro pichón de dictador llamado Joaquín Balaguer, ganador de una de las varias elecciones amañadas con las que se puso al frente del país, luego de haber sido el delfín del dictador en sus últimos años.

Por lo tanto el aire español del momento me retrotrajo al aire dominicano de hacía pocos. Silencio, crítica velada, miradas pícaras dentro del estudiantado, y conversaciones con profesores que como Pepe Alcina se sinceró conmigo hasta tratarme como a un familiar.

Un día me dijo, con una sonrisa valenciana, «usted sabe mucho de dictaduras». Me llegó a la memoria cuando estando en Nueva York grité, en 1960, y lleno de miedo «abajo Trujillo», obligado por varios amigos entonces exiliados. Ante la afirmación de Pepe me dieron ganas de igualmente gritar «abajo el franquismo». Narrada esta anécdota, y habiendo dicho lo que me hubiera gustado gritar en la España de entonces, Pepe y yo entablamos una amistad más política que arqueológica. Me acuerdo que cuando le comuniqué mi acercamiento a ciertos sectores de izquierda me aconsejó hacerlo con cautela. Estreché lazos con algunos miembros de la Embajada cubana, mi amigo, el hoy profesor en la Universidad Autónoma de México, me sirvió de enlace para nuevas pasiones políticas. Entonces había llegado a Madrid mi amigo el geó-

grafo Dato Pagán Perdomo y entendí, luego del interrogatorio que le hicieran en las oficinas militares de La Puerta del Sol, que las dictaduras eran siempre iguales, pese al guante de terciopelo que algunas exhibían. Me enteré de la vigilancia que le tenían al grupo de dominicanos que allí estudiaba, e igualmente a los políticos trujillistas que Balaguer dejó fuera para evitar la competencia. La promesa hecha a Dato luego del interrogatorio anti-comunista fue la de que podría estar tranquilo estudiando en España, y que cualquier paso político de cualquier tipo, pese a la «protección» que se le ofrecía, lo pondría en la frontera «antes de que se derritiera un helado». En ese mismo lugar, cuando fui a declarar a uno de mis hijos nacidos en Madrid, salió a relucir entre los papeles policiales mi nombre, dos preguntas y ya. Era un simple modo de hacer saber que estaba igualmente vigilado.

Pepe montó en cólera cuando le narré la anécdota y me dijo:

—Tengo el palpito de que este régimen durará poco, muy poco. Es que no se resiste, estamos ahogándonos.

Sabríamos luego de los sinsabores que amargaron su vicerrectoría y su modo de pensar, firme y honesto.

Ciertamente, poco tiempo después la dictadura comenzaría a resquebrajarse, mientras yo aprendía que un conchero se corta por el medio, que una seriación, como lo explicaba mi compañero y a la vez profesor Miguel Rivera Dorado, tenía profunda relación con el método biológico del cual Ford tomó sus modelos, que hay aspectos sociales en cada pieza arqueológica que podrían determinar rasgos culturales cronológicamente consecutivos y milenarios, que la etnohistoria bien vista ayuda a entender cacharros, y los cacharros a entender voces perdidas.

Las clases de Pepe fueron siempre amigables, sonrientes, tan optimistas como sus incursiones arqueológicas en América, y sus trabajos en Esmeraldas, Ecuador, en los que sus alumnos aprendieron y gozaron de la experiencia «americanista» que tanto pregonaba, y casi de voz en cuello, Manuel Ballesteros Gaibrois, para quien hablar del lago Titicaca era peligroso, porque parecía Titicaca palabra pudenda.

Pepe y yo mantuvimos larga relación. Vino a Santo Domingo cinco veces, compartió como un camarada más nuestros esfuerzos y nuestras búsquedas. Al través de él, y estando en España, entré en contacto con Betty Meggers y Clifford Evans, mis maestros, y a través de Betty y Cliff, penetré en esa cadena de la llamada «arqueología social», representada por Luis Lumbreras, Mario Sanoja, Iraida Vargas, Carlos Angulo, compañeros como Eduardo Matos Moctezuma, José Luis Lorenzo, Oscar Fonseca, y otros.

La última vez que estuve con Pepe en Madrid se debió a aquella ocasión en que fui jurado de la tesis de Osvaldo Goyco, durante el año 2000. A sugerencia de Alcina Franch volvía a pisar las aulas que tanto quise y recuerdo. Las autoridades habían cambiado y Pepe también. Estaba enfermo. Aún así el optimismo creativo tan vital en él, se mantenía. Tomamos café varias veces, visitamos el Museo de América para una larga conversación con Araceli Sánchez. Nuestro proyecto de un Centro de Arqueología del Caribe parecía tener nuevos visos de realidad. Lo haría-

mos en Cartagena de Indias, y la Cooperación Española sería en parte nuestro apoyo. Las conversaciones se habían iniciado en 1998.

Estando en Milán, en una presentación de una de mis novelas traducidas, Pepa Iglesias me envió un correo electrónico. Pepe murió ayer. Entonces los recuerdos se agolparon. Meterlos todos en una página de homenaje no es posible, pero mi última novela, titulada *La Mosca Soldado*, que verá la luz próximamente con la editorial Siruela, la he dedicado a su memoria.